

LAS RELIGIONES NO CRISTIANAS

Artículo publicado: N° 1075 AÑO XLIV del periódico del CONSUDEC p 31

Ignacio Pérez del Viso, SJ *

Uno de los documentos del Concilio Vaticano II (1962-1965) que ha tenido más resonancia fuera de la Iglesia ha sido *“Nostra aetate. Sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas”*, que fue aprobado hacia el final del Concilio por las discusiones que despertó. Los objetores aducían que, hablando en forma positiva de las otras religiones, se dejaba la impresión de que estaban todas en pie de igualdad, cuando en realidad Jesús es el Salvador del mundo, no uno más entre varios. Por eso, cada frase de este documento ha sido muy trabajada. Ahora bien, como en esta materia hay un progreso teológico continuo, el Magisterio también avanza gradualmente, recorriendo diversas etapas:

1. La salvación

En siglos pasados hubo posiciones más bien negativas sobre la salvación de los miembros de otras religiones, con el fulminante axioma de que *“fuera de la Iglesia no hay salvación”*. Se admitía la posibilidad de la salvación casi como una excepción, mediante una revelación especial de Dios, como la que recibió el centurión Cornelio cuando se le apareció un ángel (Hechos 10,39). Pero en los años anteriores al Concilio la actitud había cambiado en sentido positivo. Se afirmaba ya que todos los hombres se pueden salvar si actúan de buena fe y cumplen los Diez mandamientos. El eje quedaba así desplazado de la religión a la moral. No se salvan por lo que creen sino por lo que practican. Para muchos teólogos, se salvan “a pesar” de lo que creen. El axioma *“Fuera de la Iglesia no hay salvación”* quedaba reservado para los que actúan de mala fe, es decir para quienes rechazan a la Iglesia sabiendo que es el camino ofrecido por Dios. Convengamos en que es difícil encontrar personas en esa posición, ya que quien rechaza a la Iglesia piensa que el camino no pasa por allí. Estará equivocado, pero puede estarlo de buena fe.

En los ámbitos pedagógicos, conviene insistir, no en posibilidades teóricas de salvación (¿son muchos, son pocos?) sino en el deseo de Dios de que *“todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (1 Tim 2,3). Dios no se queda contemplando cómo unos eligen el buen camino y otros el malo sino que, como una mamá, se desespera por sacar adelante a su hijo con problemas. No es el juez que nos espera al final del camino para calificar nuestra conducta, sino el amigo que nos acompaña, como a los discípulos de Emaús. Observando sólo el comportamiento de las personas, podríamos concluir que unos merecen un premio y otros un castigo. Pero recordando que el Padre se juega por sus hijos, que Jesús padeció por sus hermanos, podemos mantener la esperanza de que todos los hombres se salven, si bien todos necesitaremos ser purificados. De nadie afirma la Iglesia que esté condenado. El infierno es una posibilidad real, ya que podemos plantarnos ante Dios y negarnos a ser sus amigos, pero más real es la bondad seductora del Espíritu Santo.

2. La religiosidad

Si la religión es el elemento más bien objetivo, con sus templos, instituciones y ritos, la religiosidad alude al elemento subjetivo, el de las experiencias religiosas, las angustias y las promesas. Los sociólogos se ocupan de las religiones y los psicólogos de la religiosidad, aunque con frecuencia se entrecruzan y en el fondo se complementan. Ahora bien, antes de abordar el tema de las religiones, conviene observar la religiosidad de sus fieles. Es el camino emprendido por el Concilio. Vemos una piedad litúrgica muy profunda en los judíos, un espíritu de oración reflejado en los místicos del Islam, una apertura de los hinduistas ante el misterio divino, tremendo y fascinante al mismo tiempo, una iluminación purificadora en los budistas, etc. Son todos signos de una auténtica religiosidad.

Ya no se dice entonces que se salvan “a pesar de” pertenecer a otra religión, aunque tampoco se afirma claramente que ello ocurra “gracias a que” pertenecen a otros cultos. Queda abierta la puerta para continuar investigando. Es la posición del Concilio, presentada como un piso, no como un techo. Una de las cuestiones abiertas es la posibilidad de orar juntos los de creencias diferentes. Un cristiano y un judío pueden hacerlo sin mayor dificultad, leyendo un salmo. Un cristiano y un musulmán también, si se ponen previamente de acuerdo sobre el texto de la oración monoteísta. Con los de otros cultos esta posibilidad aparece más compleja, aunque no imposible. Podemos emplear un método intermedio entre el “juntos” y el “separados”, si cada uno eleva su plegaria y los demás lo acompañan internamente. En el ámbito pedagógico puede ser provechoso que los alumnos escriban oraciones y las comparen, si pertenecen a cultos diferentes, o que el profesor aporte plegarias de otros creyentes, para buscar relaciones entre ellas.

3. Las religiones

Del nivel de la religiosidad subjetiva podemos avanzar hacia el nivel de la religión objetiva. Casi todas las religiones poseen comunidades organizadas, con una jerarquía y un clero, escrituras sagradas, tradiciones, etc. Algo avanza el Concilio en esta dirección, pero con mucha cautela. Por un lado, no es posible separar enteramente a los fieles de la institución, a la religiosidad de la religión. Si los creyentes viven tan piadosamente, algo debe haber en su religión que les permita recoger frutos tan abundantes. Por otro lado, es un condicionamiento del Iluminismo del siglo XVIII el partir del individuo para relacionarlo luego con otros individuos. El verdadero punto de partida existencial es la familia, con el bebé prendido al pecho materno. La inmensa mayoría de los creyentes han heredado la religión de sus padres. La Providencia mueve a los papás a educar a sus hijos, sabiendo que lo harán en su propia religión.

Los encuentros de Asís, desde 1986, no son asambleas de creyentes individuales sino de representantes de diversas tradiciones religiosas. La Iglesia busca vincularse, cada vez más, con los ministros de los diversos cultos. Es un reconocimiento indirecto del valor de esas religiones. En el ámbito pedagógico puede ser útil la presentación de las diversas creencias, expuestas por un ministro de ese culto, cuando sea posible. En todo caso, el profesor, al hacer la introducción a cada religión debe evitar dos extremos: uno, la frialdad académica, hablando de las religiones actuales con la misma “objetividad” o neutralidad con que habla de las religiones muertas, de los faraones o de los romanos. El otro extremo sería hablar con tanto entusiasmo de cada religión que los alumnos pierdan de vista las diferencias y consideren que cada uno puede elegir la que más le guste. La Iglesia nos dice que cada uno debe seguir su conciencia, lo que no

significa hacer lo que más le agrada sino ser fiel a la propia conciencia y seguir el camino que Dios le propone. La libertad religiosa es, en el fondo, fidelidad religiosa.

4. La Revelación

Durante el siglo XX, incluso después del Concilio, se utilizó mucho el paradigma “Religiones-Revelación”. El cristianismo no sería una religión, sino la Revelación. Según este esquema, las religiones ponen de manifiesto los esfuerzos del hombre para encontrar a Dios, mientras que la Revelación expresa la acción de Dios para salvar al hombre. Un movimiento humano ascendente y otro movimiento divino descendente. Las religiones constituyen emocionantes búsquedas de Dios, pero no pueden alcanzar el objetivo, superior a las fuerzas humanas. Son una preparación para el Evangelio, una vigilia en la historia, una esperanza abierta a la Revelación. Con Jesús, Palabra del Padre, las religiones encuentran su sentido y su cumplimiento.

Sin embargo, en los últimos años ese paradigma ha sido dejado de lado. Contiene elementos valiosos pero también muestra grietas significativas. Por empezar, la Revelación no es un puro movimiento descendente. La gracia atrae a los hombres con la nostalgia divina y despierta en ellos la búsqueda de Dios. La salvación supone la libertad humana. Por otro lado, la Iglesia descubre cada día más la acción del Espíritu Santo en los creyentes de otras religiones. Estas no son, por tanto, esfuerzos puramente humanos. La Providencia conduce a toda la Familia Humana por caminos misteriosos, iluminando a todos con el resplandor de la Revelación. En síntesis, en las religiones percibimos la obra de la gracia y en el cristianismo se manifiesta también la creatividad humana.

5. El diálogo

El documento conciliar “*Nostra aetate*” no es un estudio de las otras religiones sino una declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las otras religiones. Por eso no interesan aquí las religiones del pasado, que son objeto de las ciencias históricas, porque con ellas no podemos relacionarnos. Cuando el diálogo es con otras Iglesias cristianas (ortodoxas o protestantes) hablamos de ecumenismo. Cuando es con otras religiones (Islam o hinduismo) hablamos de diálogo interreligioso. El judaísmo está a mitad de camino, ya que la Biblia judía es también nuestra Biblia, completada con el Evangelio. En cierta forma, está más cerca del diálogo ecuménico que del interreligioso, aunque esta expresión puede resultar equívoca, como si ubicáramos a los judíos en camino de conversión al cristianismo. Sobre este punto escribí un artículo en *Criterio* (Abril 2008), titulado “La conversión de los judíos”.

El ecumenismo posee un punto de partida: el bautismo reconocido por todas las Iglesias, y un punto de llegada: la eucaristía concelebrada en la única Iglesia de Cristo. Sabemos claramente hacia dónde vamos y eso nos permite encontrar caminos. En el diálogo interreligioso, en cambio, no vemos un punto de partida tan claro. Una base común nos la indica el Catecismo de la Iglesia Católica: “*Al defender la capacidad de la razón humana para conocer a Dios, la Iglesia expresa su confianza en la posibilidad de hablar de Dios a todos los hombres y con todos los hombres. Esta convicción está en la base de su diálogo con las otras religiones, con la filosofía y las ciencias y también con los no creyentes y los ateos*” (nº 39). Además de la razón, los fieles del judaísmo, el cristianismo y el Islam poseemos la fe común en el único Dios. Pero en relación con los

cultos politeístas o panteístas, debemos buscar otro punto de partida. Este podría ser la apertura al misterio divino, a lo trascendente. Y en cuanto al punto de llegada, nadie se imagina que pueda ser una religión única. Peregrinamos entre tinieblas, confiando en el Señor que nos lleva a todos, por caminos desconocidos, hacia la Casa del Padre.

En el ámbito pedagógico, puede ser útil que los alumnos presencien alguna vez un auténtico diálogo interreligioso, no una discusión. Pero ello no es fácil. De allí la conveniencia de orientarlos hacia otros tipos de diálogo, en particular el del servicio conjunto a los necesitados, compartido por ministros y fieles de diferentes cultos, en una especie de diálogo solidario, que se realiza ya en diversos lugares. Si del conocimiento se logra pasar a la participación, se verá que el diálogo interreligioso no es un lujo para grupos selectos sino el único camino para descubrir la esperanza común a toda la familia humana.

* El autor es perito colaborador de la Comisión Episcopal de Ecumenismo, Relaciones con el Judaísmo, el Islam y las Religiones. Es profesor en la Facultad de Teología de San Miguel y director de la revista Strómata, de Filosofía y Teología.